

Fr. Marie-Michel Philipon O.P.
Maestro en Sagrada Teología

EL ALMA DOMINICANA



Abraham van Diepenbeeck (1596-1675), Louvre.



www.traditio-op.org
frayguidocasilloop@gmail.com



TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PREDICATORUM

EL ALMA DOMINICANA

Fr. M.-M. Philipon O.P.

ALMA DE LUZ

Un alma dominicana es un alma de luz, cuya mirada permanece siempre fija en la claridad “inaccesible” donde Dios está escondido. Habita en Él por la fe, “en sociedad” con las Tres Personas divinas, verdadera hija de Dios, introducida por la gracia en la Familia misma de la Trinidad. Le resulta familiar el mundo invisible. Sigue su camino sobre la tierra en intimidad con Cristo, con la Virgen y con los santos. Para ella todas las cosas son transparencia de Dios.

Pero no guarda exclusivamente su fe para ella sola. Quisiera transmitir la llama de la fe por todas partes, por todos los rincones de la tierra, por todos los países, hasta los confines del tierra. Pertenece a la raza de aquellos apóstoles que, desde los tiempos primitivos de la Orden, fueron designados por la Iglesia de una manera profética como “campeones de la fe y verdaderas lumbreras del mundo”: *pugiles fidei et vera mundi lumina*. Esta es la clave de toda vocación dominicana: de acuerdo con la Iglesia, vivir, defender y propagar la fe.

El alma dominicana sobreponiéndose al vaivén de las causas segundas, sólo juzga de los hombres y de las cosas a través de la luz de Dios.

ALMA DE SILENCIO

Para realizar esta misión sublime, el alma dominicana debe ser un alma de silencio. Según el lema tradicional, la palabra del fraile predicador debe brotar de un alma de silencio: *Silentium, Pater Praedicatorum*.

Un alma dominicana que no gusta de largas horas de soledad y de recogimiento se engaña si cree que su acción seguirá teniendo fecundidad espiritual. Es necesario mezclarse con la gente para obrar, pero es necesario, al mismo tiempo, saber apartarse de ella para reflexionar y orar. Santo Domingo fue un alma de gran silencio. Santo Tomás fue llamado por sus condiscípulos “el buey mudo”. El P. Lacordaire preparaba sus brillantes conferencias de Notre Dame de París, durante largas jornadas de reflexión y de intimidad con Dios.

La profundidad espiritual de un alma se mide por su capacidad de silencio.

ALMA VIRGEN

Un alma dominicana es un alma virgen separada de todo mal. Se conserva toda entera para Dios en la unidad. Todos nuestros santos dominicos llevan un lirio en la mano. Son vírgenes, puros, libres, sin ataduras culpables, pasando en medio de los pueblos, según la recomendación suprema de Santo Domingo moribundo, con la irradiación conquistadora de su comunicativa pureza.

La pureza es una nota característica de la Orden de la luz y de la verdad.

ALMA CONTEMPLATIVA

Un alma dominicana es en lo más hondo de su ser un alma contemplativa. Vive sobre las cimas, en la pura claridad de Dios. Su mirada se identifica en la luz del Verbo, con la sabiduría de Dios. Soledad, penitencia, oración, vida de estudio, de silencio o acción, todo ello concurre a formar en el alma dominicana ese sentido de la realidad divina, del “único necesario”, del cual nada, absolutamente nada, debe distraerle ni menos aún apartarle. Tiene como divisa: todo dirigido a Dios con prontitud y altura. Quisiera que su existencia entre los hombres no fuera otra cosa que una mirada de amor puesta únicamente en Dios.

En el silencio contemplativo el alma dominicana encuentra la plenitud de Dios.

ALMA DE ORACIÓN Y DE ALABANZA

Un alma dominicana es en lo más hondo de alabanza. El espíritu de oración es el clima normal, la atmósfera divina donde el alma contemplativa se establece. No mira más que a Dios. Podrán las creaturas agitarse en torno de ella. El alma dominicana las domina, invulnerable a su fascinación de frivolidad, inaccesible a sus voces de tentación y corrupción. Con todo, oye sus gritos de angustia, sus llamadas de desesperación, y movida de dolorosa compasión, se vuelve, suplicante, hacia el Dios de toda luz y de toda bondad para obtener la verdad y el perdón que salva.

A semejanza de Santo Domingo, cuyos “rugidos” aterraban a los frailes durante la noche, la oración apostólica y ardiente de un alma dominicana debe convertirse en “clamor” de redención, acompañado, como aquel de Jesús en Getsemaní, de lágrimas de sudor y de

sangre. Aquí está el secreto de tantas vidas fecundas de nuestros misioneros y de nuestras monjas contemplativas en el claustro o en el mundo, silenciosas y crucificadas, pero infinitamente poderosas sobre el Cuerpo Místico de Cristo. La oración dominicana, hija de la Caridad redentora, se eleva día y noche en toda la Orden hacia Dios: “Señor, ¿qué va a ser de los pobres pecadores?”

Siguiendo las huellas del Crucificado del Gólgota, un alma dominicana salva más almas por su oración contemplativa y corredentora que por su palabra o por el poder de su acción. Todos nuestros santos fueron hombres de oración continua y de inmolación. La oración era la palanca poderosa que les servía para elevar el universo hasta Dios.

Pero en la oración dominicana, el primer lugar corresponde a la alabanza. “Alabar, bendecir y predicar a Dios en todas partes”: he ahí la razón de ser de la Orden y su única ambición: *Laudare, benedicere et praedicare*. Al alma dominicana es teocéntrica; en todas las cosas da la primacía a Dios:

Primacía de la Causa Primera en todas las realizaciones de nuestra vida espiritual.

Primacía de honor y de dirección efectiva de la Sabiduría Teológica sobre el estudio de las ciencias profanas.

Primacía de la vida coral, del *Opus Dei*, en la jerarquía de las observancias monásticas y de nuestros medios de santificación.

Primacía de la palabra de Dios sobre la retórica humana en el oficio de la predicación, que debe permanecer siempre esencialmente evangélico y sobrenatural.

Primacía de Dios en todas las cosas.

El alma dominicana encuentra su alegría en proclamar y cantar la grandeza suprema de Aquel que es.

ALMA APOSTÓLICA

Un alma dominicana es un alma apostólica a quien nada detiene cuando se trata de la gloria de Dios y de la salvación de las almas. Los votos religiosos, las observancias monásticas, el estudio, la oración y la vida de comunidad son medios que tienden a un fin común: dar a la vida dominicana la máxima eficacia apostólica. El predicador debe consagrarse entera y directamente a la salvación de las almas, dejando a un lado las tareas accesorias y preocupaciones materiales, a ejemplo de los primeros apóstoles, que daban de mano a las preocupaciones económicas, demasiado absorbentes, para consagrarse “a la oración y a la palabra de Dios”. Sobre todo, nos pertenece el apostolado doctrinal. Cuando la

fe está en peligro, el alma dominicana se conmueve y se lanza sin reservas al combate por Cristo. La aparición de San Pedro y San Pablo a Santo Domingo nos indica que la misión salvadora de la Orden es una prolongación en la historia de la Iglesia de la vocación de estos dos grandes apóstoles: anunciar a todos los hombres el Evangelio de la salvación. Debemos apoderarnos de todos los medios de difusión de la verdad católica: prensa, radio, cine, televisión. La orden toma parte con gran eficacia en todos estos puestos de mando del universo humano para responder por ellos a su misión de verdad. Un alma dominicana no es rutinaria, no clama contra el progreso, no se lamenta ante las novedades de la técnica, sino que las toma para el servicio de la verdad liberadora que es el amor. Así se explica que la Orden conserve a través de los siglos su juventud y su espíritu creador para responder a las llamadas de redención.

ALMA FUERTE

El alma dominicana es fuerte con la fuerza misma de Dios. Consciente del valor redentor de la Cruz y en medio de un mundo conmovido y desesperado, posee la audacia de las grandes empresas, el genio de las instituciones creadoras, siempre con la mirada puesta en un apostolado eclesial, renovado y adaptado sin cesar. Persevera con fe y tenacidad en sus proyectos de salvación sin jamás cansarse. “Los momentos desesperados son los momentos de Dios”, y así sucede con frecuencia, que la intervención milagrosa de la Providencia se deja sentir y salva todo en un instante.

El alma dominicana avanza en medio de las dificultades de la vida, serena y dominadora, apoyada en la fortaleza inmutable de Dios.

ALMA GOZOSA

El alma dominicana permanece siempre gozosa en medio de los duros combates de la Iglesia militante. Decía el Señor a Santa Catalina de Siena: “La religión de tu Padre Santo Domingo es gozosa y fragante”. A pesar de las angustias redentoras, en el alma dominicana domina la alegría, la inamisible alegría de Dios. El secreto de esta alegría dominicana reside en que tiene la apacible certeza de que Dios es infinitamente feliz en la sociedad de las Tres Divinas Personas, aunque los hombres rehúsen conocerle y servirle. En lo más profundo del alma de los santos floreció siempre la alegría y una inalterable paz. Dios es Dios, ¿qué importa lo demás? La alegría de un alma se mide por su amor. Los apóstoles estaban

contentos cuando habían sido juzgados dignos de sufrir por Cristo, amado por encima de todo. Cuanto más puntiagudos eran los guijarros en los caminos de Languedoc, tanto más cantaba Santo Domingo.

El alma dominicana sumida en la alegría y sostenida por el mismo espíritu de fortaleza heroica, nacido del amor, canta, canta siempre.

HIIA DE LA IGLESIA

El alma dominicana es hija de la Iglesia, siempre pronta a obedecer al Papa, a las directrices de la Jerarquía, siempre dispuesta a consumirse al servicio del Cuerpo Místico de Cristo. Conserva en su recuerdo la visión simbólica del Papa Inocencio III, en la cual vió en sueños que el Patrircá Domingo sostenía las columnas de la Iglesia de Letrán, madre de todas las Iglesias del orbe católico. Ha dicho Cristo: “Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”. “Quien os escucha, me escucha; quien os desprecia, me desprecia”. El alma dominicana no tergiversa: quien escucha al Papa, escucha a Cristo; la autoridad de Dios habla a través de los obispos y de todos los superiores religiosos. Santa Catalina llamaba al Papa “el dulce Cristo en la tierra”. Su docilidad filial a la Jerarquía hizo de ella en grado eminente una verdadera hija de la Iglesia y defensora del Papado, mereciendo ser proclamada después de su muerte Patrona secundaria de Roma y amparar bajo su patronato la Acción Católica. Un alma dominicana vive y muere por la Iglesia de Cristo.

IMITADORA DEL VERBO

El alma dominicana es imitadora del Verbo, ávida tan sólo de la gloria del Padre, deseosa de trabajar en la redención del mundo y en “la consumación de todos los hombres en la unidad” de la Trinidad. Reproduce en todos sus actos interiores los sentimientos del alma de Cristo, adorador del Padre y salvador de las almas. En efecto, el Verbo desempeña una doble función:

En el interior de la Trinidad es la luz divina, *lumen de lumine*, imagen y esplendor del Padre.

En el exterior, como Verbo encarnado, es el Revelador por antonomasia del Padre y de todos los misterios de Dios.

De manera semejante, el alma dominicana que recibe por vocación “el oficio del Verbo” vive en su interior una profunda vida contemplativa de la pura Luz de Dios,

manteniéndose continuamente ante la Faz del Padre, mientras que en su actividad exterior, apostólica, se hace la manifestadora de la Verdad Divina, pasando sobre esta tierra de los hombres como una transparencia de Dios.

ALMA ENDIOSADA

El alma dominicana está endiosada, no tiene otro deseo que Dios, desea conocerle, amarle, servirle y eternizarse en Él para exaltarle sin fin. Todo es sencillez en la vida de un alma dominicana, fiel a su vocación divina. No se embaraza con miras mezquinas ni con preocupaciones nimias. Ve con amplitud:

Un solo horizonte: Dios.

Un solo móvil: el amor.

Un solo fin: la edificación del Cristo Total hacia la Ciudad de Dios.

Todo lo demás se esfuma a sus ojos. Nada, fuera de Dios, retiene su mirada. Realiza el ideal de Santo Domingo: “No hablar, sino con Dios o de Dios”: *cum Deo vel de Deo*. Los santos dominicos han seguido esta línea de conducta completamente divina. Decía el Señor a Santa Catalina de Siena: “Hija mía, tú piensa en Mí y Yo pensaré en tí”. Y en el ocaso de una vida de inmenso trabajo por Cristo, Santo Tomás no quiere otra recompensa que Dios mismo: “No otra cosa, sino a Tí”: *nisi Te*.

Esta es la actitud fundamental de toda alma dominicana: DIOS, DIOS, DIOS.

ALMA MARIANA

Finalmente, el alma dominicana es un alma mariana. El prefacio de la fiesta de Santo Domingo pone de relieve los prodigios realizados gracias a esta intimidad mariana. Bajo la guía constante de María, nuestro Santo Patriarca ha renovado en la Iglesia la forma de la vida apostólica, ha lanzado por todo el mundo intrépido campeones de la fe y ha ganado para Cristo innumerables almas. Al morir dejó en testamento a la Iglesia el Rosario, en el cual sus hijos encuentran la forma propia de su devoción a María. ¿Qué dominico o dominica no sueña vivir y morir con el rosario en la mano?

Hay una ley universal en la economía de la salvación: cuanto más mariana es un alma, es más cristiana. De la misma manera, puede decirse: cuanto más mariana es un alma es más dominicana.

Por tanto, la vida dominicana es una síntesis armoniosa iluminada por la gran luz de Dios. Todo procede de la fe y se jerarquiza según su claridad. El alma dominicana, instalada en Dios por el amor, no vive sino para su gloria; unida a Cristo en todos sus actos, piensa únicamente glorificar al Padre por Él, con Él y en Él mediante una adoración continua y salvar las almas que le glorificarán eternamente. Vive en la Iglesia, por la Iglesia y para la Iglesia en un espíritu de fraternidad con todos los hombres, ávida de comunicarles la Verdad que se consume en el Amor.

Todo es luz en el alma dominicana, pero luz que se transforma en amor. Medita a menudo las palabras de Santo Domingo a un clérigo que se maravillaba del poder de su palabra aposólica: “Hijo mío, más que en cualquier otro libro, he estudiado en el libro de la Caridad; todo lo enseña el Amor”. La Caridad redentora e iluminadora es la clave de toda la vida dominicana: no el amor de la ciencia, sino la ciencia del amor. El alma dominicana es otro Verbo que espira el Amor. Su libro preferido es el Evangelio donde habla el Verbo Eterno.

Todas las virtudes florecen en el alma dominicana bajo esta luz divina al soplo de un mismo Espíritu de Amor. Entre estas virtudes, hay tres que resplandecen extraordinariamente bajo los rayos luminosos de la fe: la cruz, la pureza, el amor. La cruz que nos eleva por encima de la tierra; la pureza que nos libra de todo lo que no es Dios; el amor que nos fija en Él.

Tal es la síntesis armoniosa del ideal dominicano: pureza de vírgenes, luz de doctores y alma de mártir.

Y después, cuando llegue el atardecer de la vida, la “Virgen de la Salve” estará allí para acoger bajo su manto el alma de su fiel servidor. Entonces, introducida para siempre en los esplendores de la visión del Verbo que sucede a las tinieblas de la fe, con Él, por Él y en Él, en sociedad con todos los ángeles y santos, cantará la gloria del Padre al ritmo del Espíritu de Amor con un alma de eternidad.

LAUS CHRISTO REGI GLORIÆ